

OTRAS RAZONES

ESPÍRITU DE RECONCILIACIÓN



Juan Carlos, Suárez y Fraga por las ofensas infligidas a los españoles durante sus funciones al servicio de la dictadura y de sus crímenes? ¿Cómo puede todo borrarse, olvidarse y perdonarse sin confe-

sión de culpa? ¿Cómo puede el verdugo reconciliarse con su víctima sin abominar del cargo que le dio la dominación sobre ella? ¿Cómo puede la víctima reconciliarse con su verdugo sin envilecerse aún más que cuando la humillaba? Bajo estas condiciones tan escandalosamente falsas, un pueblo que se considera reconciliado no puede ser más que un pueblo irremediablemente corrompido. En el terreno político, la reconciliación nunca ha dejado de ser un bastardo pretexto para el mutuo reparto de poder, riqueza y honores. Desde fines de 1976 hasta la Constitución, Adolfo Suárez hizo las faenas y cumplió el destino del Gran Corruptor. Repartió el botín del Estado entre una oligarquía de partidos. Y cuando nada le quedaba ya por dar, todos lo traicionaron o abandonaron.

Antonio GARCÍA TREVIANO

MALA SUERTE PARA EUROPA

El trágico accidente del «Concorde», ocurrido el martes en París, ha llegado en uno de los peores momentos para la imagen de la industria aeroespacial europea. Recuerda el espía J. B. que este avión era el principal exponente de la seguridad y que en sus 30 años de historia ha sido el único siniestro. Su operatividad demostró que Europa (Francia y el Reino Unido) podían lograr lo que EE UU no fue capaz de diseñar económicamente, ni la URSS, la otra superpotencia, poner en marcha (su prototipo se estrelló).

Ahora, como hace 30 años, la industria aeronáutica norteamericana cruza una fuerte apuesta con la europea. Mientras desde

este lado del Atlántico se apuesta por la viabilidad del gigantesco Airbus A3XX, del otro, la única gran empresa que ha quedado en los Estados Unidos, Boeing, insiste en que el proyecto no será económicamente viable. La guerra comercial ha tenido ahora otro campo de batalla con motivo del festival aéreo de Farnborough, en el Reino Unido, donde las principales empresas presentan sus éxitos y los espías, que prestan mucha atención a todos los movimientos, se han visto sorprendidos por la tragedia del «Concorde», precedida por la noticia de sus microfisuras en las alas.

Juan BRAVO

EL DESIERTO Y LA PALABRA



Juan Goytisolo era ya muy de Almería, de La Chanca y de los Campos de Níjar, cuando recaló en ella José Ángel Valente hace ahora catorce años. Vivió en la parte vieja, entre la catedral-fortaleza, la Almedina y la Alcazaba, donde Almería se agazapa, bajo el sol más sólido de la tierra, ensimismada en su historia y en su alma de nardo. Desde su casa se veía, porque entraban en ella sus almenes, la realidad de piedra y luz de la Alcazaba, por la que resuenan los pasos de El Zagal en las noches sin luna. La Chanca está tan cerca que comparte la vida de la casa. Y desde La Chanca a Níjar, huerta y mar arriba. El Pozo del Fraile, Campovermoso, San Isidro, El Higo Seco, donde «hay higueras y olivos y un gran espacio silencioso en el que se suspende, repentino e insólito, el canto de algún pájaro». Un pájaro tan solitario como el propio José Ángel Valente. Tan triste que tiene alma. Tan solo que casi se muere de sencillo.

«Se fue en el viento/ volvió en el aire/ Se abrió en mi casa/ la puerta grande». Rosalía y Valente en una Almería dura y

seca, tan dulce y amarga como la propia Rosalía. «Se fue en el viento/ quedó en mi sangre/ La sangre de Valente era un naufragio de silencios y palabras. Ebria de realidades contrarias. Desde las

«nieblas insalubres» de Orense a los airosos rosalianos y al desierto de carne y hueso, de muerte y contravida, de nuestra Almería común y cantinera. Desde «el espesor del bosque su verde luz oscura» de la tierra nutricia al paisaje de sal alucinada y cabritería de Cabo de Gata, donde «las cañas dialogan con el viento y se defienden contra la violencia de la muerte».

No se ha podido defender de ella el valiente y lúcido Valente. No lo supieron hacer Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Carlos Barral y Claudio Rodríguez. Generación de los cincuenta que se nos muere como del rayo, llevándose la luz y dejándonos más ciegos y más malos. Decía Claudio en el centro de su ebriedad: «Si tú la luz te la has llevado toda/ ¿cómo voy a esperar nada del alba?». Ángel González, aún entre nosotros, parecía augurar tanta vida desatenta cuando cantaba: «Te llaman porvenir/ porque no vienes nunca». José Agustín faltó flagrantemente a su consejo: «Nunca digas/ no puedo más y aquí me quedo». La muerte nos está agostando el poder de la creación, el alma de la imaginación, el fuego prometeico del torrente de luz con que nos inundan la sangre los grandes poetas de la generación de los cincuenta. Y todos cuantos vagan nos refieren mil gracias de cada uno de ellos y nos deja muriendo, o desviviendo, «un no sé qué que quedan balbuciendo».

El último en marcharse ha sido el más solitario, el más disidente y el más cascarabías. «Nada es ya nada/ cuando ya nada está en suspenso». Son versos de Michel Leiris que encantaban a José Ángel. Para él siempre hubo algo en suspenso. «Aunque después de tanto y tanto no haya/ ni un sólo pensamiento/ capaz contra la muerte/ no estoy solo/ Aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora/ cuanto se me ha tendido a modo de esperanza». Ceniza con sentido, polvo enamorado. Valente le puso nombre y esperanza a la desolación del desierto almeriense, a su sequedad de piedra cancerada y a los estallidos nocturnos de sus lagartos de sal. A gentes como Valente habría que prohibirles que se murieran. Cometen un delito de lesa humanidad. Encima, por si tanta tristeza no bastase, se nos muere Carmina Martín Gaité, con su caperuza roja bailando entre visillos. Y se nos marcha para siempre, como todos los muertos de la tierra, Eladio Cabañero. ¿Quién puede perdonar a la muerte por enamorada que esté de médulas que tan gloriosamente han ardido? ¿Quién puede permitir esta repetida traición a la palabra, a la paz y a la belleza?

Joaquín NAVARRO



Si nos atenemos a las ideas con las que el Estado de Partido único emprendió su transición al Estado de partidos, hemos de reconocer que ninguna otra obra política ha sido tan espiritual. El asunto comenzó con la puesta en escena del «espíritu de 12 de febrero» de Carlos Arias. Y cuando esta entelequia se esfumó, su lugar lo ocupó el más fantástico «espíritu de la reconciliación nacional». Un espíritu emparentado con el de aquella «concordia francesa» que se apoderó de todos los bandos a la caída de la dictadura jacobina, para entronizar la corrupción del Directorio; y con la «concordia española» que precedió a nuestra Restauración canovista, para turnar a los partidos en el reparto del Estado. En París, la Plaza de la Concordia celebra el milagro de aquellos corazones adversarios que, de repente, se encontraron abrazados en la alegría de una licenciosa sentimentalidad. Madrid no ha cambiado la pagana Cibeles por la católica Reconciliación. Pese a que ésta, por afectar a la mente tanto o más que al corazón, supone una fuerza espiritual superior: volver a conciliar los sentimientos con la razón de humanidad. ¿Cómo si alguna vez hubieran estado conciliados!

Esa espiritual idea, propia de obispos progresistas, salió de la cabeza del secretario general del PC, en 1956. Aquella primitiva reconciliación, que perdonaba la vida a quien lo sacara del pozo, necesitó veinte años para convertirse en consigna estatal de la Transición. Lo que no había sucedido al final de la Guerra Civil, cuando había motivos para ello, lo produjo gratuitamente la vida de los partidos durante cerca de cuarenta años en clandestinidad. La edad de Dostoievski cuando escribió sus irónicas «Memorias del subsuelo», sobre la imposible conciliación de sus deseos con su razón. Pero lo imposible para genios del arte y del pensamiento, la reconciliación de los contrarios, ha sido tarea de coser y cantar para el genio transitorio de los españoles. Bastó que el Estado dictatorial legalizara a los partidos de clase para que las clases sociales se reconciliaran al instante en un fraternal abrazo. Todo se hizo de repente interclasista. El Estado, la Monarquía, los partidos, los sindicatos, las patronales. Nada dividía ni separaba ya a los españoles. Todos tenían los mismos derechos constitucionales a la dignidad y a la riqueza. En esa concordia universal del consenso sólo un punto permanece oscuro. ¿Por qué y para qué hay más de un partido?

La reconciliación no puede salir de la esfera de los sentimientos religiosos o amorosos sin convertirse en fuente segura de grosera corrupción. Sin arrepentimiento ni expiación, sin penitencia ni dolor, sin vergüenza ni llanto, no hay lugar decente para la reconciliación entre ofensores y ofendidos. ¿Dónde están, pues, el sufrimiento y la contrición de